

Elección

Saúl Piemontesi

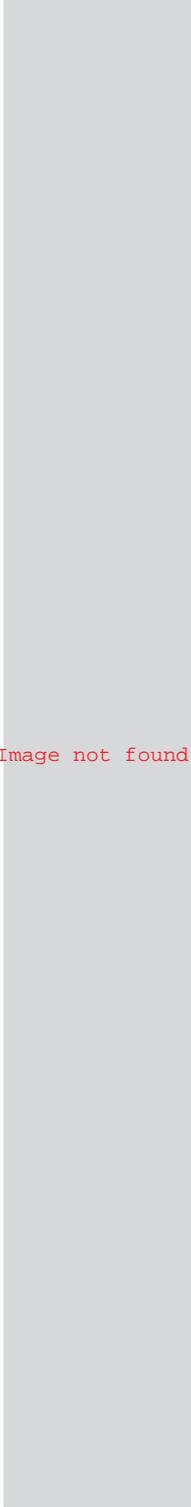


Image not found.

Capítulo 1

Elección

El pasillo es largo, estrecho y, salvo el suave resplandor amarillento y fluctuante de un par de bombillas en el techo, oscuro. Las paredes, que alguna vez habrán sido blancas e imaculadas, parecen ser más viejas que el mismo tiempo. A los lados se alinean puertas de madera húmeda y gastada. El hombre las observa con duda y cautela. Abrirlas al azar podría ser peligroso pero también emocionante.

En el extremo del pasadizo una figura negra de mujer se confunde en las sombras y se expone cada vez que las lámparas escupen algo de luz mortecina. Inmóvil y en silencio, sin rasgos ni colores, es una sombra amenazante que parece estudiarlo.

Por fin se decide por abrir las puertas en orden: quizás prefiere no acercarse a esa mujer por ahora. Va hacia la primera de la izquierda y gira el picaporte. Del otro lado hay un vacío infinito, el universo frío y profundo es todo lo que abarca la vista. El hombre se atreve a dar un paso aferrándose al marco de la puerta y nota que puede pisar con firmeza pero duda de poder hacerlo por siempre: el negro de la nada parece curvarse bajo sus pies. Hay algo de paz en esa inmensa quietud, pero demasiada soledad.

La primera puerta de la derecha se abre en silencio y da paso a una habitación en blanco y tonos de sepia. Hay una cama tendida que se ubica paralela a la entrada, una mesa de luz a su costado derecho y a sus pies una cómoda enorme con sólo un marco de espejo encima. Sentada en la cama de frente a la puerta y mirándolo fijamente hay una anciana de cabellos largos y claros como su vestido. La mujer se para, lo señala con un dedo huesudo y comienza a avanzar muy lentamente hacia él. La luz titilante de las lámparas del pasillo parecen hacerla más o menos real a cada paso. Tardará mucho en llegar, pero lo hará en algún momento.

El hombre se aleja y cruza el pasillo. La segunda puerta de la izquierda está pintada en la pared pero el picaporte es real y está pegado. La curiosidad lo lleva a intentar girarlo y, por supuesto, no puede hacerlo. Oye una risa cascada y cargada de ironía que viene desde dentro de la habitación que acaba de abandonar. *Inocente*, dice.

La segunda puerta de la derecha es mucho más pesada que las otras. Le lleva mucho esfuerzo poder empujarla y sólo logra abrirla unos pocos centímetros, lo suficiente para poder espiar y nada más. Ve un campo verde sembrado con girasoles y niños trillizos vestidos con camisa y tiradores que avanzan saltando y cantando entre las flores. Se detienen al verlo y le hablan al unísono: *Cuidado atrás*. Vuelve la vista hacia el pasillo.

La anciana está a sólo dos pasos y su dedo acusador casi puede tocarlo. Se espanta y ahoga un grito. Los niños ríen y se alejan cantando. La puerta se cierra de golpe y el ruido lo ocupa todo por unos segundos; las paredes parecen temblar y descascararse. La anciana sigue avanzando muy despacio. El hombre huye al otro lado, hacia la siguiente habitación, y la descubre plagada de manos como la anterior lo está de girasoles. Del techo caen gotas de sangre que las pintan de carmesí. El hombre ve que sus manos están sangrando también y retrocede espantado. Recuerda a la anciana y gira con terror esperando tener su rostro cada vez más viejo y arrugado cerca del propio pero está solo de nuevo. Queda una puerta a la derecha y respira aliviado porque el fin del camino está cerca pero ¿Qué hará cuando no haya más puertas para abrir? ¿Se inclinará ante la figura de negro que lo ha estado esperando?

La última puerta tiene un picaporte frío como el hielo. Le lleva algunos intentos poder girarlo. Del otro lado hay un gran comedor con una mesa de varios metros que ocupa el centro y está cubierta con comida servida en fuentes forradas de piel. Hay seis ventanas altas y con cortinas rojas que se extienden a lo largo de la pared del fondo. La luz del sol atraviesa las cortinas y hace brillar los manjares: hay brazos, dedos, piernas y cabezas humanas acompañadas de frutas y verduras. El hombre tiembla, se dobla sobre sí mismo y se arrodilla asqueado. Levanta la vista y una de las cabezas le guiña un ojo y sonrío lasciva. Otra la imita y todas comienzan a reír. El hombre grita horrorizado y escapa al pasillo. Ahora no sabe dónde ir. La figura negra se funde en una pared y el pasaje comienza a sangrar por todos sus costados. La anciana ha dejado su habitación una vez más y ahora camina hacia él con una balanza en una mano y un cuchillo en la otra. *¿Cuánto pesa tu corazón?* Le pregunta.

El hombre ha tomado al fin una decisión. Corre hacia la primera puerta y cierra los ojos antes de ingresar al infinito y cerrar la puerta detrás. Allí, al menos, es dueño de su propio vacío.